

Grotesco ~ A gótico Épico

Por GE Graven



Capítulo XX

[Capítulo final del Libro 1: Resurrección]



~Lázaro siguió al espectro verdoso y brillante del Señor Medici mientras volaban.

Hacia el sur, a lo largo de una costa cubierta de coníferas, se dirigió al pueblo portuario de Saint Maxime. A su derecha, divisó el borde irregular y tenue de la orilla, con sus numerosas ensenadas y penínsulas; y en su veloz huida, la costa apenas parecía una mancha borrosa que se movía de un lado a otro, una y otra vez. Incluso en movimiento, a su izquierda, el vasto océano y su horizonte carmesí se presentaban ante sus ojos como un paisaje marino inmóvil. Aun así, Lázaro percibió una sutil, casi imperceptible, gradación en aquella delgada línea roja del amanecer. Su creciente resplandor y el calor ascendente presagiaban la presencia de un dragón ferviente y ardiente, en rápido ascenso, decidido a abrasar la faz de la tierra con la luz mortal del día.

El tiempo transcurría bajo el batir de alas y el ritmo acelerado del corazón de Eljo marcaba meticulosamente su paso en fracciones. Lázaro siguió volando, incluso cuando los confines de las nubes orientales brillaban con intensos tonos rojos que parecían un collage de colosales manchas de sangre, esparcidas contra la parte inferior del Cielo. Duplicó su ritmo, en consonancia con el de Medici; sin embargo, el Fantasma siguió avanzando.

prisa deliberada e ininterrumpida. Finas líneas irradiaban desde el horizonte hacia el mar, extendiéndose hacia afuera y a través de los cielos tenues con una semejanza de los comienzos de un Una monstruosa y ardiente telaraña. Enormes corrientes de luz del amanecer se elevaban hacia el cielo, y tan grandioso fue finalmente este espectáculo celestial del amanecer, que, desde lejos, la silueta de Lázaro podría haberse parecido a la sombra de una polilla contra el resplandor de un enorme volcán .

La alarma de Lázaro se convirtió en pavor, y luego en pánico, cuando gritó: "¡Medici, no hay más tiempo!".

“¡Un poco más, Lázaro!”

“¡No; debo dirigirme hacia el interior!”

—¡No! ¡Está justo ahí! —exclamó Medici, señalando hacia adelante, hacia un afloramiento rocoso que formaba una larga península—. ¡Ya casi llegamos! ¡Dense prisa!

Lázaro apretó la mandíbula, tensó los hombros, se inclinó contra el viento y se lanzó hacia adelante. Con una nueva velocidad. Bajó y rozó la superficie del mar, aferrándose con fuerza al talón de Medici. Juntos, rodearon el cabo rocoso y viraron bruscamente. Plumas estallaron sobre el océano cuando Lázaro dispersó una bandada de aves que habitaban los acantilados. Atravesaron alas asustadas, cubrieron el istmo pedregoso y se adentraron tierra adentro para navegar hacia una ensenada de aguas poco profundas y verdosas. La cala estaba llena de pequeñas islas dispersas al azar que podrían haber parecido montones existenciales , como agujas, de roca desnuda y marcada. En conjunto, se erguían en la bahía como lápidas grises quemadas por el océano, emergiendo del verde más amplio de una tumba acuática.

«¡Ahí está!», exclamó Medici, señalando un par de islas cercanas que, juntas, parecían una hilera de caninos inferiores, con incisivos incluidos, apuntando hacia el cielo. Un estrecho espacio de aguas más oscuras separaba las formaciones rocosas. Y a medida que Lázaro se acercaba al espacio oceánico entre las islas gemelas, divisó una pequeña estructura, aparentemente desplazada, que, desde su posición cada vez más ventajosa, se fue definiendo con mayor claridad.

—¿Qué opinas? —preguntó Medici en voz alta mientras caía junto a Lázaro—. Es un refugio adecuado y está bien resguardado, ¿verdad? En las sombras de las rocas, Lázaro distinguió los restos de un barco de pesca inclinado, hundido por la popa y sobresaliendo por la proa; y Por su singular ángulo en el agua, la embarcación podría haber parecido que se dirigía directamente hacia el norte si las olas del océano no la hubieran frenado. Lazarus redujo la velocidad para inspeccionar mejor los restos inclinados.

Las planchas del casco manchadas revelaban una línea de flotación que alguna vez estuvo nivelada, y justo debajo de ellas, una manta.

De los costados inferiores de la proa sobresalían percebes blanqueados, lo que le daba al barco volcado y destrozado la apariencia de una barba blanca y huesuda. Y había más, aunque minúsculos, que sugerían que la embarcación no era del todo un cascarón sin vida. Lázaro divisó grandes cuerdas de cáñamo que atravesaban su cubierta cubierta de algas, aún sujetas a varias partes del barco. Luego había otras solo parcialmente sujetas, con sus extremos sueltos colgando sobre la popa y balanceándose libremente en las aguas más oscuras. Las rítmicas olas mecían las cuerdas deshilachadas, de modo que se movían al unísono, pareciendo una hilera de serpientes dan

En general, el barco podría haber parecido de tamaño considerable; sin embargo, no era de un diseño apto para la navegación que pudiera haber soportado largos viajes oceánicos, sino más bien de fabricación. haber superado los serenos mares de las costas entre los puertos costeros provinciales. Sin embargo, en su estado deplorable, la embarcación carecía de velas y mástil; y los restos de una alcázar yacían derruidos sobre la cubierta principal. Además, sobre la mayor parte de sus plataformas cubiertas de algas y sus muros de balaustres rotos, se veían esparcidos restos de pescado seco, probable evidencia de que las gaviotas se habían alimentado de él.

Medicci iluminó el barco mientras Lázaro lo rodeaba para inspeccionar mejor el casco en busca de brechas y, satisfecho de que el barco parecía estar en buen estado, se unió a Medicci en la cubierta principal. Las tablas crujieron bajo su nuevo peso. Medicci marchó pesadamente y en silencio hacia la bodega del barco. —Aquí —gritó antes de desaparecer en el interior.

Lázaro lo siguió con pasos ligeros, las tablas de la cubierta crujían con cada uno de sus pasos firmes . —No me gusta —gruñó, aún sin aliento por el vuelo—. ¿Es seguro? —Se secó el sudor de la frente y se acarició un nudo en la frente.

—Es lo suficientemente segura para pasar un día aquí —gritó Medicci desde abajo, su voz resonando por la bodega del barco—. Y su vientre es oscuro como la noche, muy adecuado para tu aflicción, ¡ «Reúnanse». Se oyeron golpes y chasquidos que resonaron en la cubierta, ruidos como de nudillos contra madera, cuando la voz amortiguada de Medicci añadió: «Su casco está en buen estado , dada su condición. Sospecho que estas islas la salvaron de la peor parte de muchas tempestades. Y se inclina un poco hacia popa; sin embargo... ¿Lázaro? ¿Por qué permaneces en cubierta?».

En el velo de las sombras de la isla, Lázaro vislumbró por última vez las desnudas formaciones rocosas antes de descender a las oscuras profundidades del vientre del barco. Mientras tanto, Se quejó: "Como no soy un espectro Medicci flotante sin alas, a veces tengo que recuperar el aliento".

El Espectro soltó una risita. “Vuelas con tanta prisa, Lázaro; nunca lo sospeché”. Lázaro plantó sus botas con fuerza en el suelo del casco, se giró y cruzó los brazos.

Miró fijamente a Medicci con la mirada perdida. «Casi muero por el sol; maté a un pájaro con la cabeza; y casi me estrellé contra el mar. ¿Y ahora nos reímos de ello?».

Medicci resopló y contuvo la risa al mismo tiempo que le arrancaba varias plumas de gaviota del pelo a Lázaro. «Perdóname, Lázaro. Nunca te vi chocar contra un pájaro. ¿Estás herido?»

—Mejor que el pájaro —respondió Lázaro, volviendo a examinar el bulto rosado que tenía en la frente.

—No pretendo restarle importancia a tus desgracias, Lázaro —dijo Medicci, acercándose a Lázaro y observándole la frente—. Quizás, después de doscientos años, tu compañía me ha hecho comprender mejor mi propia aflicción. Curiosamente, ahora me parece que tengo motivos para temer a la muerte; y con ello, me siento más vivo. No mi muerte, sino la tuya. Al fin y al cabo, si tú perecieras, yo también perecería, junto a mi pobre Sofía. Medicci se aclaró la garganta, juntó las manos y le ofreció un solemne juramento: —Lázaro, te doy mi palabra de que jamás te conduciré a sabiendas al peligro.

Lázaro sonrió débilmente y asintió; y el Fantasma le mostró el paradero de Lázaro con los brazos abiertos. «Así que aquí estás, con un simple chichón en la frente, pero completamente a salvo del sol, ¿verdad?»

Lázaro se sumergió profundamente en sus sentidos: su nariz percibió el aire húmedo y salobre, con su mezcla de olores que emanaban de algas, pescado, madera podrida y el dulce sudor de su ropa. Por suerte, el último rastro del hedor persistente del pescador había desaparecido de su vestimenta. Sintió las frías gotas de sudor en la carne de sus alas, ahora enfriadas en la penumbra de la bodega, templada por el océano. Sus pupilas se dilataron en la oscuridad y los detalles del interior del barco tomaron forma. Pudo ver que Medicci tenía razón: la estructura del barco parecía sólida, con sus costillas y casco bien sellados. El Espectro rió entre dientes. Sintió el ángulo antinatural de sus pies; y estudió el suelo para descubrir que el tablón más alejado desaparecía bajo un charco de agua negra estancada que abarcaba todo el ancho de la popa de la bodega. Se giró e inspeccionó la parte más estrecha del suelo de la bodega, que permanecía seca y elevada. Miró hacia arriba, a través de la entrada de la bodega, para contemplar el cielo despejado y sus estrellas expuestas. Luego se volvió hacia Medicci y señaló hacia arriba.

“Por desgracia, sale el sol; y en su punto más alto, disipará esta oscuridad, y a mí con ella.”

Lázaro hizo un movimiento para salir a cubierta cuando Medicci se apresuró a detenerlo. “No te preocupes; permíteme. Descansa.” El Espectro sonrió con sorna y le susurró la crítica, rítmica y filosófica sabiduría de un médico: “Así como toda aflicción da lugar a su eventual desaparición, a modo de remedio; así podríamos maltratar nuestras desgracias y, por lo tanto, dar lugar a un estado de alivio y tranquilidad.”

“¿Y qué significa eso?”

“Eso significa que unos cuantos troncos esparcidos pueden convertir incluso el día más brillante en la noche más oscura”. Se rió entre dientes y desapareció en la superficie.

Desde lo alto, Lázaro observó cómo Medicci desaparecía y reaparecía apresuradamente, solo para regresar con nuevos trozos de la cubierta derrumbada del barco y cubrir la abertura con ellos. Y cuando el último trozo de madera eliminó todo rastro del cielo, Medicci volvió abajo y se colocó junto a Lázaro para apreciar el lado oscuro de sus acciones. «Negro como la noche; como deseas. ¿Qué te parece?»

Lázaro sonrió con cansancio. —Muchas gracias, una vez más. —Se dio la vuelta y subió por la pendiente, hacia la proa de la bodega, hasta las planchas del casco que yacían secas y elevadas. Cerca de la proa, se arrodilló y se tumbó boca abajo antes de volver a aletear perezosamente. En la oscuridad que siguió, el vaivén de las olas y el crujido del casco casi lo adormecieron cuando respiró hondo y se movió. "¿Medicci?"

“¿Sí, Lázaro?”

“¿Alguna vez te cansas?”

—En cierto modo —respondió Medicci—, pero de una manera diferente a como usted podría imaginar.

"¿Cómo es eso?"

El Fantasma hizo una pausa, probablemente en contemplación. “Quizás se exprese mejor con un ejemplo, así que lo plantearé así: ¿podría recordar algún momento de su vida en el que sufrió una pérdida profunda y, con ella, un dolor tan grande que sintió que había perdido todas las ganas de vivir? "Puedo."

—Espléndido —dijo Medicci—. Ahora, si me lo permites, intenta separar el dolor del momento, de modo que solo quede la voluntad ausente. Y, en su soledad, podrías comprender también cómo se siente un alma cuando se cansa.

“¿Medici?”

"¿Sí?"

“¿Se puede volar para siempre, sin cansarse jamás?”

“Nunca lo intenté. Y con ese ángel-cabra volador, buscando todo lo que pueda devorar, no me arriesgaré.”

“¿Azazel?”

“Lo mismo. Y no me sorprendería tanto si tanto Azazel como Azrael tuvieran la capacidad de volar eternamente, mientras recorren el mundo, subiendo y bajando en él, buscando almas extraviadas como la mía.”

“¿Arriba y abajo?”

El Fantasma se rió entre dientes. “He aprendido un poco de las costumbres de los ángeles en mis muchos años.

Muertos. Después de todo, aún no me han atrapado, incluso mientras me muevo entre ellos, yendo y viniendo por el mundo. He visto cientos de ángeles a mi alrededor, todos como espíritus y sombras; solo hablamos de los dos porque son los buscadores de almas errantes.

“Así pues, estos ángeles buscan aquellas almas que aún no han abandonado este mundo, según entiendo”, afirmó Lázaro.

El Espíritu asintió. «Solo los dos, según entendí de Azrael, Azrael y Azazel buscan almas». Quizás debería ser más informal en su descripción. Se acarició la barbilla y luego, señalando con el dedo hacia arriba, continuó: «Estos dos son los servidores divinos de la Gran Mansión de la Creación, quienes recogen la basura y el desorden, manteniendo así la Gran Casa limpia y ordenada». Medicci se encogió de hombros. «Van de aquí para allá, con la esperanza de encontrarme, pero no estoy allí, pues sé cómo y dónde intentan atraparme. La tumba de mi Sofía es uno de esos lugares donde Azrael acecha, como una serpiente al acecho. Sin embargo, siempre me deja huir tan pronto como me atrapa. Es como un juego estacional: finjo que quiero ir con ella, y ella me permite escapar de nuevo. Y, en verdad, Lázaro, a menudo me he preguntado si seré el alma más antigua que vaga por la tierra». Medicci golpeó la madera. «Dime, mi sabio y alado escudero. ¿Sabes por qué, después de dos siglos, Dios no me ha borrado de la faz? Estoy segura de que Él me ve, tan fácilmente como cualquiera podría ver un trozo de basura o un mechón de pelo enmarañado que vuela por el suelo. ¿Qué piensas? ¿Por qué lo dices? Lázaro resopló una vez antes de sumirse en un ronquido constante.

~*~

El sol se elevó en lo alto, posándose sobre las islas gemelas, bañando con sus rayos de mediodía el barco fantasma varado y tiñendo de marrón las algas recién crecidas de la noche anterior. Gaviotas parlanchinas se congregaron en la cubierta, donde devoraban la carne de los peces que respiraban por las branquias. Y así, la pesca del día de Ojos de Piscis se secó bajo un cielo ardiente. Sin embargo, el sol jamás violó las entrañas del barco: Lázaro dormía plácidamente en su fresco y sombrío vientre. El mediodía se convirtió en tarde a medida que la sombra de la isla situada al oeste se extendía sobre la embarcación. Cayó la noche; y cuando amainaron los vientos y cambiaron las mareas, las gaviotas abandonaron de nuevo el barco rumbo a tierra firme, dejando que la tarde se marchara, un día más. de pescado recién secado y de ojos grandes.

Una gran luna naranja se elevó desde un mar oriental, proyectando su luz fría sobre el océano. Y como un gallo que se agita con el primer resplandor de un día que amanece, Lázaro despertó a los últimos matices de una noche grisácea.

—Dormiste profundamente. —La voz de Medicci se escuchó desde la bodega.

Lázaro intentó recobrar la compostura. Se incorporó, gimió, se frotó los ojos y...

Se acarició la mejilla, que mostraba las marcas características de las tablas del suelo. Entonces divisó a Medici cerca de la popa del casco, con ambas manos y los dedos entrelazados sujetando las costuras opuestas de su chaleco. Permanecía de pie, con un aire de aparente dignidad, aunque el agua le llegaba hasta las rodillas.

—Buenas noches —saludó Medici, y salió del agua, que permanecía inmóvil, acercándose a él—. ¿Has descansado bien?

"Soy."

—Bueno, me alegra saber que uno de nosotros ha descansado —se quejó Medici—. Con tus ronquidos me has impedido dormir en toda la noche.

—Perdóname, Medici. Quizás yo...

Medici se rió, especialmente ante la idea de un fantasma durmiente.

Lázaro se puso de pie con determinación. Miró a Medici con ojos afilados como cuchillos.

"¿ Debería reírme ahora?"

Un pálido Medici se detuvo en seco, su expresión de júbilo había desaparecido; y Lázaro soltó una risita al ver al fantasma sobresaltado.

—Realmente me tenías en tus manos —admitió Medici, señalando a Lázaro con el dedo índice y reanudando su marcha.

Lázaro esbozó una sonrisa de satisfacción. —Les deseo también una buena noche —dijo, haciendo una breve reverencia.

Medici se detuvo ante Lázaro y le devolvió el saludo con una reverencia. «Bienvenido a bordo de la Joya del Edén».

"¿Joya de quién?"

—Edén —replicó Medici con rapidez. Señaló por encima del hombro de Lázaro, hacia la proa—. Ese es el nombre del barco. Mientras dormías, me aventuré a inspeccionarlo más a fondo; y su estado actual revela mucho sobre su pasado.

"¿Cómo es eso?"

Medici juntó las manos a la espalda, se balanceó sobre los talones y sonrió con sorna. "Te lo diré, mi buen Lázaro". Bajó la mirada pensativa hacia el suelo y caminó en círculos cerrados, compartiendo sus hallazgos. "Me parece que estaba pesada en el agua, transportando rollos de tela y piezas para ropa, cuando encalló. La mayor parte de su carga desgarrada ahora descansa en el lecho marino rocoso, tal vez desechada por su tripulación en cada intento de aligerar su carga. Además, parece que intentaron tirar de ella hacia atrás con un segundo barco, con la esperanza de desatascarla de las rocas". Medici puso los ojos en blanco sin dudar. "Claramente, no hubo incidentes, ya que todavía está firmemente encallada. Recopilé tales esfuerzos de sus numerosas cuerdas atadas, las más grandes de ellas aún dispuestas con precisión sobre su cubierta, con sus extremos rotos uniformemente extendidos sobre su popa. Y por supuesto, aparte de la mano de Dios, solo un barco más grande puede remolcar uno más pequeño. Medici se detuvo y miró fijamente a Lázaro, asintiendo. "Sospecho que su audacia y

El capitán impaciente se lanzó a toda velocidad en aguas poco profundas, con viento fuerte y todas las velas desplegadas, cuando puso rumbo entre estas islas opuestas. Quizás hubiera hecho bien en mantenerse alejado de ellas, sin importar la tentación ni el costo. Luego se encogió de hombros. "Sin embargo, aquí yace, esperando su fin; una antigua joya de barco, ahora desechada y olvidada por todos". pero los pájaros y los peces. Y probablemente seamos sus últimos pasajeros antes de que siga el camino de su cargamento hundido."

—Tienes buen ojo para los detalles —respondió Lázaro—. Yo intento hacer lo mismo cuando tengo la oportunidad.

“Bueno, es solo por observación. También podría estar equivocado en todo, por supuesto.”

—Creo que no —respondió Lázaro con una sonrisa—. Parece que tú extraes la verdad más profunda de las señales más insignificantes.

Medicci arqueó una ceja. «Sus palabras son amables; sin embargo, solo por la gracia de Dios puedo conocer la verdad». Señaló hacia arriba.

“Ahora bien, ¿deberíamos subir a la superficie para despertar al mundo de su letargo vespertino?”

—Oh, en efecto —respondió Lázaro. Se giró y escaló la caja vertical, empujando las capas. Apartó las tablas para revelar un cielo claro y luminoso. Y como una ardilla que emerge con cautela, Lázaro alzó la mirada solo hasta la altura de los ojos, por encima de la cubierta iluminada por la luna, para asomarse a su superficie. Descubrió el rostro del Fantasma que ascendía apresuradamente y que se alzaba claramente a través de la sólida cubierta.

—Bueno, vamos; la noche es tuya —insistió Medicci, haciendo un gesto a Lázaro para que emergiera con todo su ser.

Lázaro miró con furia al Espectro antes de salir de la bodega. Caminó con cautela sobre la cubierta cubierta de algas, escudriñando el desorden de restos de pescado seco, madera desarticulada y astillada, y la enmarañada red de cuerdas que se entrelazaba de un lado a otro; y, arriba y abajo cubriendo toda la embarcación.

Medicci lo siguió en silencio, con la atención absorta en el firmamento.

Lázaro se dirigió con cautela hacia la proa elevada del barco. Su ropa ondeaba con una brisa cálida y constante que soplaba mar adentro desde tierra firme. Se detuvo cerca de la proa y estudió la quilla, que lucía la talla parcial de la espalda desnuda de una mujer, ahora rota a la altura de la cintura. «La joya», murmuró Lázaro, buscando en la cubierta restos de su torso superior, solo para encontrar madera astillada y cuerda esparcida. Se volvió hacia el mar, se apartó el cabello de la cara, revuelto por el viento, y se lo colocó sobre la cabeza. Desde su nuevo punto de vista en la cubierta de proa, y mientras observaba alrededor del lado norte inferior de la isla que daba al mar, divisó el rostro luminoso y naciente de la luna. Un halo rojizo y brumoso rodeaba el orbe naranja, dándole al cuerpo celeste una apariencia ominosa y fantasmal. Lázaro permaneció inmóvil.

una estatua, mientras asimilaba el abismo profundo que se extendía ante él. Finalmente, preguntó : "¿Qué tan profundo es el océano?"

Al no obtener respuesta, Eljo se giró y encontró al Fantasma absorto en un asunto de apariencias. Medicci estaba de espaldas a Lázaro, con un brazo levantado hacia el cielo sureste. Miró entre dos dedos erguidos que formaban una V, a través de que alineó en su punto más crítico, una línea de visión fija contra las estrellas. Luego juntó los dedos, los giró hacia un lado y bajó el brazo para acercar el par de dedos apuntando hacia arriba. Sus dedos estaban alineados con el horizonte. Y en un solo movimiento, divisó la dirección precisa de la lejana isla de Córcega. «Como vuela el cuervo, así podríamos hacerlo nosotros», reflexionó en voz alta, apoyando las manos en las caderas y contemplando el mar negro como el cuervo.

“¿Medici?”

El Fantasma giraba como un maestro de las artes sumergido y repentinamente sobresaltado, arrancado inesperadamente de un mundo extraordinario y abstracto de extrapolación. «Oh, ejem... ¿sí, Lázaro?»

“¿Conoces la verdadera profundidad del océano?”

—Sí lo creo —respondió Medicci—. Y realmente depende, Lázaro. Hay partes que no son más profundas que la altura de tus botas. Luego, hay otras partes que no son menos profundas que la altura de las nubes. Se detuvo frente a Lázaro y continuó explicando. Podríamos decir que la orografía del océano es muy parecida a la de la tierra, con sus montañas más altas y sus valles más profundos. Es más, que el agua del mundo fluye en olas, del mismo modo que el éter de la tierra se mueve con los vientos.

Lázaro asintió y escudriñó el océano, captando su profundidad con una nueva perspectiva. Alzó la mirada al cielo en busca de confirmación. "¿Tan profundo como las nubes son altas, dices?"

“En efecto, e incluso más profundamente; lo sé, en sus confines más remotos.”

“¿Cómo sabes esto?”

Medicci suspiró, se cruzó de brazos y se balanceó sobre sus talones. “Esto lo sé, porque el mundo me lo dijo. En mis muchos años sin cuerpo, he visto gran parte de la faz de la tierra. Recorrí todos sus terrenos, yendo de un lado a otro; tanto en lo alto como en lo bajo. Desde las nubes más altas y las montañas más altas, hasta los océanos más profundos y las aguas más profundas bajo la tierra, busqué el paradero del Infierno. En verdad, los océanos son vastos, variados y profundos, lo suficiente como para parecen mundos oscuros y sombríos en sí mismos.

Lázaro volvió a mirar a Medicci después de asomarse por la borda. «En la superficie, no parece tan profundo».

—Es cierto —respondió Medicci, sujetando con ambas manos las costuras de su vestimenta y adoptando el

La postura de un orgulloso estadista. «En apariencia, la mayoría de las cosas lo parecen: sencillas, inofensivas, e incluso pacíficas. Sin embargo, incluso una piedra común, una vez volteada, suele revelar muchas facetas misteriosas y mecanismos ocultos bajo ella, en su mayoría desagradables». Ofreció una inspección intensa y minuciosa de la cubierta del barco, como si buscara oídos curiosos o espectadores espiando. Luego sonrió con sorna y susurró: «En mis tiempos de alquimista, por así decirlo, desenterré muchas piedras sin remover ; impulsado por el deseo de descubrir muchos de los maravillosos misterios del mundo. Y todo esto mientras la Iglesia permanecía ajena a todo; mi trabajo se mantuvo en secreto, lejos de miradas indiscretas». Soltó una risita seca.

—¿Por qué escondiste tu trabajo? —preguntó Lázaro.

En una muestra melodramática de decepción, Medici resopló y dejó caer su ahora inerte. Con los brazos a su lado, dijo: «Así son los campesinos , sobre todo los que caen rendidos ante la más mínima luz de la noche, o ven sus propias sombras como demonios y diablos que los acechan en secreto para robarles el alma. Una vez viví en un pueblo plagado de semejantes tonterías religiosas. Y como alquimista de la época, en busca del Elixir de los Antiguos y su cura para la aflicción de la Muerte, hasta los detalles más insignificantes de mis estudios requerían el máximo secreto».

“Sin embargo, curar el sufrimiento es algo bueno; entonces, ¿por qué tanto secretismo?”

—¿Por qué ? —preguntaste— . Medici, riendo a carcajadas con aparente incredulidad. —No vaya a ser que despierte las sospechas del pueblo, que sembre el miedo en la comunidad y que me vea ante el consejo de la Iglesia, defendiéndome de acusaciones de herejía y brujería. Después, me llevarían a la plaza del mercado, me bautizarían con alquitrán, me prenderían fuego y serviría como ejemplo paradigmático de la brillante y emblemática antorcha de la Iglesia del pueblo. Lázaro entrecerró los ojos ante las imágenes gráficas, que le daban vueltas en la cabeza.

Medici se aclaró la garganta. «Lázaro, no sé si lo sabes, pero la Iglesia quema viva a la gente por delitos mucho menores que practicar la alquimia, la fisonomía o disciplinas similares, sin un supervisor eclesiástico debidamente designado ».

—Recuerdo que se mencionaban esas quemaduras —admitió Lázaro, reflexionando sobre el destino que se le atribuía al prisionero de las catacumbas—. Ser quemado hasta los huesos.

—Hasta convertirlos en cenizas y polvo —afirmó Medici con un toque de repugnancia—. Los queman para mantener al tonto sumiso bajo el dominio pontificio. Negó con la cabeza. — El año anterior a mi último viaje al extranjero, la plaza del pueblo se iluminaba con cada luna nueva , con los cuerpos ardientes de los acusados del consejo. Y las quemaduras rituales se realizaban con tanta frecuencia que los habitantes del pueblo comenzaron a esconderse en sus casas.

En sus casas, condenaban en secreto a la Iglesia. Estuve de acuerdo con ellos y, aunque no era tan vehemente como la mayoría, permití a mis invitados expresar abiertamente su indignación por las ejecuciones masivas. No fue hasta que ocurrió un incidente en particular que se enfureció incluso a los habitantes más influyentes del pueblo. Yo estaba terriblemente enojado, y mi Sofía lloraba desconsoladamente, al igual que muchos de nosotros que conocíamos al muchacho acusado. El joven sufrió terriblemente a manos del consejo de la Iglesia.

—¿Qué hizo el niño? —preguntó Lázaro.

—Nada significativo, que sepamos —respondió Medicci a la defensiva—. Diría que el chico se comportaba de forma un tanto diferente a sus compañeros; y quizás su aspecto era igual de peculiar. Era bastante activo e inquieto; su mente divagaba y a menudo hablaba con tanta vehemencia y prisa que sus intenciones originales se le escapaban incluso antes de terminar de hablar. Sin embargo, yo creía sinceramente que tenía más cualidades positivas que la mayoría de los chicos traviosos de su edad. Se llamaba Stephan y, gracias a Sophia, les tomé mucho cariño, tanto a él como a su igualmente llamativa madre, Magdalena. Medicci se acercó al borde del barco y se metió las manos en los bolsillos. Observó las rocas desnudas de la isla costera.

Medicci continuó, de espaldas a Lázaro: “Los padres de Esteban eran personas buenas, temerosas de Dios y obedientes. Eran nobles íntegros, antes de perder una sucesión de inversiones sustanciales y adoptar un estilo de vida más —cómo decirlo— quizás más prudente”.

Medicci se encogió de hombros. “Bueno, no se redujeron a simples indigentes, ojo; aunque muchos de sus antiguos conocidos nobles se volvieron, cada vez más y convenientemente, menos accesibles. Sin embargo, nuestras puertas permanecieron abiertas para ellas, ya que Sofía y Magdalena se habían vuelto como hermanas con los años. Ricas, pobres o de cualquier otra condición; ni siquiera Dios y el Diablo, trabajando juntos, podrían haberlas separado con más espacio del que existe entre un botón y su hilo. Además, ¿qué era la riqueza para Magdalena cuando Sofía a menudo llevaba mi bolso a las tiendas del pueblo para una juerga compartida de gastos extravagantes? Sofía estaba ansiosa por complacerla; sin embargo, no me importaba mi bolso por eso. Después de todo, mis disciplinas exigían más

De mis días, dejaba a Sofía con tiempo libre de sobra. Y como mi trabajo no se vio afectado, Magdalena y Stephan le brindaron a Sofía una atención muy especial que yo no podía permitirme dedicarle. Así, al final, todo salió bien.

El Fantasma se giró y se acercó a Lázaro. «En cualquier caso, Stephan tenía muchos rasgos de su madre, salvo su lejano acento norlander . Su cabello era del tono más claro que jamás había visto; era casi blanco. Y su piel era mucho más pálida que la de su madre.»

Incluso la tez clara de Sofía, el profundo brillo de sus ojos azules, parecía proyectar un rayo inquietante, como el de cristales azules expuestos a una llama. Era una mirada muy parecida a la tuya, Lázaro. Sin embargo, había mucho más en él que su apariencia.

“Stephan era notablemente inteligente y astuto para su corta edad. Sin embargo, en el sentido más profundo, tal vez incluso en su alma, sentí que su mera existencia conllevaba una terrible maldición y un significado divino en ello. En verdad, solo pude presenciar sus acciones por un instante y quedar completamente desconcertado y sobrecogido; pues el muchacho exhibía un sentido de la orientación inquietante e inusual, especialmente en momentos en que la mayoría de las personas perderían el equilibrio. Aun con su innegable habilidad —de la cual puedo dar fe, pues he sido un practicante riguroso y disciplinado de la razón y la reflexión—, su continua demostración de la misma siempre me inquietaba. Y en aquellas numerosas ocasiones en que Stephan exhibió su peculiar don, sentí lo mismo: me sentía dividido por igual, desgarrado entre dos partes opuestas de mí que permanecían firmemente en conflicto irreconciliable. Sin embargo, ese sentimiento de desgarramiento nunca perduró, pues mis pensamientos parecían asentarse en un nuevo espacio de equidistancia, entre los extremos opuestos y en conflicto de mi ser. Medicci se llevó la mano a la frente, quizás para comprobar si tenía fiebre. Miró a las estrellas mientras confesaba: «Y en ese espacio aparentemente muerto de silencio recién descubierto, aparte de los gritos que contradecían a la razón y al sentimiento, me pareció que podía observar con seguridad las acciones de Stephan desde lejos; y observar con asombro cómo el muchacho llevaba mis sentidos, cada vez más debilitados, a un estado de inconsciencia acogedor pero a la vez inquietante». Bajó la mano y miró fijamente a Lazarus antes de negar con la cabeza. —¿Qué hizo Esteban? —preguntó Lázaro.

—Bueno —dijo Medicci, tomando aire y con una expresión de aparente preocupación—, Stephan era propenso a sufrir episodios repentinos —o ataques— en los que no era del todo consciente de sí mismo. Sus ataques solían ser prolongados y quizás inquietantes para un observador desprevenido, ya que giraba sobre sí mismo, con los brazos extendidos, y miraba fijamente hacia arriba. Ningún grito fuerte, aplauso o contacto directo lograba captar su atención. Uno podía apoyar la mano sobre el rostro del niño, que miraba hacia arriba, y él giraba bajo ella; sin embargo, si alguien intentaba bloquear su brazo o impedir que girara, Stephan estallaba en una furia incontenible hasta que podía continuar girando. En verdad, durante esos episodios, Estaba completamente ajeno a todo lo que sucedía a su alrededor, sin recordar absolutamente nada después. Era como si un velo invisible se hubiera posado sobre él para separar completamente sus sentidos del mundo. Y en ese extraño y aparentemente separado estado de sí mismo, simplemente giraría, y giraría, y giraría. Debo admitir que, incluso por un momento, el mero

Verlo hilar me dejó aturdido, con la sensación de que iba a perder el equilibrio incluso estando en el suelo. Sin embargo, Magdalena y Sofía hacía tiempo que se habían acostumbrado a los frecuentes episodios de hilado del niño y fingían no darse cuenta. Medicci señaló a Lázaro con el dedo. «Y me atrevería a suponer que, si el niño se subiera a sus cabezas para hilar, y yo les diera la más mínima pista de que había un "Esteban el Hilandero" entre ellas, sin duda las llamaría...» La ira se duplicó por haberles hecho saber eso. Siempre conspiraban contra mí de esa manera, los dos.

Lázaro se giró con una sonrisa burlona y soltó una carcajada.

nariz.

—¿Deberías reírte? —preguntó Medicci con aires de superioridad antes de continuar—; aun así, no podía ignorarlo fácilmente ni fingir que no me importaba, sobre todo con tantas vasijas y pedestales preciosos al alcance de la mano, y con filas de delicados objetos que adornaban cada pared del salón de la mansión; no podía hacer la vista gorda.

Medicci cruzó los brazos, asintió y se inclinó hacia Lázaro, como si compartiera un secreto. «Sin embargo, hubo momentos en que Esteban tenía sus ataques, y las mujeres estaban en otro lugar, dejándonos solo al muchacho y a mí». Inclinó la barbilla hacia adelante para sugerir detalles íntimos y reveladores, los cuales compartió; En una ocasión, Stephan entró en un trance en el que comenzó a girar justo debajo de una entrada, sus brazos extendidos rozando repetidamente una columna de piedra por un margen mínimo. Al descubrirlo, coloqué una mesita auxiliar y una silla junto al niño y la columna fija; y con buena luz, observé el pequeño espacio entre sus dedos al pasar y la piedra cercana. Giró , y giró, y giró; y ni una sola vez aparté la mirada del breve espacio que creaba con cada giro. Buscaba el más mínimo movimiento, donde sus dedos pudieran tender hacia la columna fija o alejarse de ella; sin embargo, en cada paso de sus dedos, no había absolutamente ninguna desviación perceptible de ese espacio. Durante un buen rato, Stephan giró perfectamente en el mismo lugar. Fue tan extraordinario como inquietante. Tras una breve pausa, Medicci se encogió de hombros y admitió: « Estaba un poco absorto en el vino, quizás ligeramente ebrio, cuando las mujeres regresaron y descubrieron que seguía observando los movimientos de Stephan». El fantasma bajó la mirada y se frotó la mejilla con tristeza, recordando lo sucedido, y continuó: «Las mujeres me echaron de la mansión; arrojaron mi silla y mi botella de vino afuera; y me dijeron que fuera a medir los huecos entre los árboles».

Lázaro soltó una risita, recomponiéndose a medias, y preguntó: "¿Qué le hizo la Iglesia a Esteban por sus ataques?".

“Oh, no fue por los ataques de Stephan; cuando Stephan giraba, permanecía en silencio.

La iglesia empezó a sospechar de Stephan cuando abrió la boca; el chico realmente tenía una lengua afilada. En ese sentido, se parecía mucho a su madre. No quiero decir que hablara con irreverencia o con un lenguaje grosero. Al contrario, era bastante respetuoso y elocuente, incluso mostrando amabilidad en sus comentarios más implacables. El problema con Stephan era este: si una idea empezaba a cruzar por su mente, la expresaba incluso antes de que la nueva idea se hubiera asentado por completo en su interior. En ocasiones, tenía que contenerse hasta que la idea alcanzara su tentador deseo de expresarla. En verdad, parecía incapaz de reflexionar sobre un pensamiento el tiempo suficiente para medir su valor o pertinencia antes de compartirlo en voz alta. Así, si una idea se estaba formando en su mente, también se estaba formando en las mentes de quienes lo rodeaban, a través de su lengua, sin falta, decía lo que pensaba a costa de todo lo demás.

Este detalle en particular sobre Stephan me molestaba mucho, incluso más que sus ataques de hilado, especialmente cuando conversaba abiertamente con un amigo cercano y frecuente llamado 'Víctor'. Medicci apoyó las manos en las caderas, frunció los labios y asintió. "Y al igual que los ataques de hilado de Stephan, Sofía y Magdalena fingían no oír las conversaciones descaradas y continuas del chico con su amigo. Yo hice mi mejor papel, no escuchando. Aun así, era una tarea verdaderamente desalentadora para mí morderme la lengua cuando las mujeres incitaban a Stephan a tener conversaciones personales y detalladas con su amigo, comportándose como si Víctor fuera parte de nuestra misma familia. Al instante, las mujeres le susurraban a Stephan que le preguntara a Víctor si quería acompañarlas los terrenos de la mansión; o participar en un paseo en carruaje hasta el pueblo; o incluso cenar con nosotros en el mismo al final de mi misma mesa."

Lázaro negó con la cabeza, visiblemente confundido. "¿Por qué te molestaba tanto la presencia de Víctor?"

Medicci arqueó una ceja y declaró sin rodeos: "Víctor nunca existió".

"Pero usted afirmó que Víctor era amigo de Esteban, ¿verdad?"

"Dije que Stephan tenía un amigo cercano llamado Victor, solo que su amigo no era real. Es más, Stephan no se permitía tener otros amigos, salvo este 'Victor', a quien ideó, completamente a partir de la imaginación de su mente."

"¿Y la Iglesia se enteró del amigo que Stephan había ideado?", preguntó Lázaro.

—En efecto; casi de inmediato —afirmó El Espectro—. Así, el consejo de la Iglesia convocó a Stephan para una confesión bajo juramento y un testimonio completo. De antemano, intenté convencer al muchacho de que se retractara de todo lo relacionado con la existencia de Victor; sin embargo, durante la audiencia, su lengua inquieta respondió a cada pregunta del consejo, descaradamente y sin consideración alguna. Al final, se negó a despedir a su supuesto amigo. En cambio, enfureció a los ancianos del consejo, sugiriendo que podrían ser débiles, al decir que «los ancianos sufr

«Desde el empeoramiento de la vista, el debilitamiento del oído, la caída del cabello y el envejecimiento de la piel». Medicci negó con la cabeza. «Jamás debí haber tenido esa conversación con Stephan sobre los detalles del envejecimiento. La verdad es que el chico tenía una lengua muy suelta».

Sin embargo, el consejo no condenó abiertamente a Stephan hasta que este se presentó ante ellos y entabló conversaciones en voz baja con Victor. Inmediatamente, la Iglesia ordenó su estricto confinamiento para observación; tras lo cual, descubrieron sus ataques de hilado. Apenas transcurrió un día antes de que los ancianos del consejo llamaran a Magdalena para que presenciara el acta de sus conclusiones. Desesperada y profundamente afligida, Magdalena suplicó mi compañía y, con ella, cualquier influencia que un médico respetable de la ciudad pudiera ejercer. Así pues, la acompañé a la sala de oratorio del consejo con la esperanza de persuadir a la Iglesia para que liberara a Stephan bajo mi cuidado especial; sin embargo, el consejo ya había emitido un veredicto sobre la condición del niño. En su decreto formal, declararon que Stephan sufría una afección rara que requería una grave prescripción de tratamientos drásticos que escapaban a las "capacidades notablemente estimadas pero limitadas de los médicos comunes".

“¿Cuál fue el veredicto?”

“Cualquier tipo de sortilegio que pudieran prescribir, y algo más”, refunfuñó Medicci. “En el caso de Esteban, afirmaron haber descubierto que sufría de estar bajo un peso corporal posesión de una súcubo.”

“¿Y qué es un suc— yah—?”

«Es un espíritu demoníaco femenino —como lo describió claramente el concilio— que se adhiere a un varón mortal mediante seducción espiritual para extraer toda su esencia. La Iglesia descubrió que la demonia se llamaba Lamiamubus, o un nombre similar; y tras una cuidadosa consideración clerical, llegaron a la concisa conclusión de que el espíritu demoníaco había penetrado de alguna manera en los sueños de Stephan, revelándose al muchacho simplemente como "Víctor", antes de violar su alma.»

Lázaro se encogió de hombros. —¿Víctor? —Tomó aire—. ¿Cómo supo la Iglesia el verdadero nombre del demonio, esta «Lamia»?

—Mubus —terminó el Fantasma el nombre—. El concilio hizo referencia formal al reputado historial papal de un notable obispo, nombrado abiertamente como «Un Canino de Gusanos», o algo por el estilo. Los detalles de sus supuestas conclusiones aún se me escapan, sobre todo porque creo sinceramente que idearon una explicación apresurada para convencer y apaciguar a una congregación enfadada.

Lázaro entrecerró los ojos mientras una expresión de sospecha se dibujaba en su rostro. Rebatí la afirmación de Medicci: «No recuerdo un "Canon de los Gusanos"; sin embargo, sí leí...»

de un canon sagrado, escrito por el obispo de Worms. ¿Podría ser esa la referencia a la que te referías?

“Cánones, obispos, gusanos... no recuerdo las palabras exactas del concilio de la Iglesia”,

Medicci lo admitió con expresión de desdén, agitando los dedos con desgana.

“Después de todo, yo estaba bien versado en el arte de la alquimia y servía diligentemente como médico experimentado; sin embargo, solo estaba ligeramente versado en las costumbres

litúrgicas”. Sacudió la cabeza y suspiró. “No obstante, Stephan era un niño frágil; sus repetidos latigazos y heridas abiertas le hacían sangrar profusamente. Supliqué a la Iglesia que me permitiera

ver y tratar a Stephan bajo estricta supervisión clerical; sin embargo, el consejo negó todo acceso al niño. En cambio,

ignorando mis sinceros consejos, los sacerdotes y médicos de la Iglesia procedieron a prescribir un "aceite para la cabeza", junto con un estricto "tratamiento con sanguijuelas".

—¿Qué es el engrasado de la cabeza? —preguntó Lázaro.

Se trata de una práctica de precisión clerical mediante la cual tres agentes designados de la Iglesia sumergen la parte posterior de la cabeza de la persona poseída en un recipiente con aceite consagrado. El primer agente aplica el aceite, frotándolo sobre los ojos, la nariz y la boca del sujeto, expresamente para eliminar toda percepción de espíritus malignos. El segundo agente recita oralmente pasajes de las Escrituras durante la aplicación, para evitar que los demonios y espíritus malignos contaminen el aceite. Simultáneamente, un tercer agente designado bendice el aliento del sujeto con un flujo continuo de humo sulfuroso y sublime, insuflándolo con precisión en los orificios faciales del poseído. En total, el proceso es bastante largo y complejo, requiriendo tres días y tres noches de tratamiento continuo.

“He oído hablar de ello, pero ¿qué es exactamente un tratamiento con sanguijuelas?”, preguntó Lázaro.

Las sanguijuelas son como gusanos de río que roen la piel y se alimentan de los fluidos corporales. Los médicos de la iglesia le colocaron una buena cantidad de ellas en la ingle al niño para extraerle todo el veneno. Fue la última noticia que tuvimos del empeoramiento de Stephan; y pasaron tres días antes de que lo enterraran.

Lázaro echó la cabeza hacia atrás, desconcertado. “¿Sus heridas no estaban en su espalda? ¿Dónde?

¿Lo azotaron?

“Se negaron a decirlo; y nunca vimos el cuerpo del muchacho ni su solitaria lápida; el lugar de descanso final de Stephan se convirtió en un enigma que se desvanecía para todos nosotros.” El Espectro se encogió de hombros. “Sin embargo, el muchacho era frágil y peculiar a su manera solitaria; sin embargo, nunca estuvo poseído, salvo por una mente y un corazón extraños pero verdaderos. Dicho esto, fue a parar a una tumba celosamente custodiada, eternamente leal a su amigo fantasmal. Y sospecho que Stephan ahora está a salvo en el Cielo, fuera de sí, y quizás para siempre dando vueltas y hablando con su amigo Victor.

—Aquellos fueron tiempos oscuros —declaró Lázaro con un suspiro.
«Fueron tiempos oscuros para todos», afirmó Medicci, «especialmente para aquellos, tanto insensatos como sabios, que no podían costear fácilmente sus diezmos a la Iglesia. Y para quienes sí podíamos, quienes éramos instruidos y nos atrevíamos a vislumbrar un rayo de luz o esperanza en las vastas y profundas sombras de la Iglesia, fueron tiempos verdaderamente terribles». «Sin embargo, con vuestra riqueza, podríais permitirnos fácilmente pagar vuestros diezmos, ¿verdad?», preguntó Lázaro, sugiriendo que los Medicci podrían haber sufrido menos que la mayoría.

El Espectro asintió. «Es cierto; me fue bien, incluso con los diezmos excesivamente generosos que di. La Iglesia era especialmente aficionada a los ricos. Exigían de las arcas de los adinerados lo justo para mantenerlos en su sitio y, al mismo tiempo, los gravaban con fuertes impuestos, de modo que no se enriquecían más de lo que ya eran. La Iglesia solo se permitía a sí misma, a sus agentes fiscales y pontificios, y a sus leales vasallos de la nobleza aumentar su riqueza. Sin embargo, di diezmos caritativos y palabras amables al clero antes de despedirlos, maldiciendo en silencio el suelo que pisaban».

“En secreto, encontré a estos hombres de la Iglesia, santurriones y egoístas, completamente despreciables. Los desprecié, comparándolos con una gran inundación de sanguijuelas lánguidas que se alimentaban de las posesiones materiales y los esfuerzos de todas las personas con las que entraban en contacto. Y a cambio de tales ganancias materiales, ofrecían meras palabras inútiles de autoridad, absolución costosa y falsas promesas del Cielo. En verdad, esperaban bienes reales y tangibles a cambio de pronunciar meras tonterías en forma de retórica religiosa y política. Y ya fueran sus confiscaciones unas pocas liebres y verduras arrancadas de un campesino y su esposa, o una bolsa de oro y varios corceles de un señor y su dama, estos hombres consideraban sus palabras, oraciones y promesas —su palabrería— tan valiosas como cualquier tributo, de cualquier cantidad, impuesto a cualquier persona. Después de todo, a sus ojos, la promesa de la vida eterna era igual de valiosa para un pobre que para un rey. Y aunque la noción de inmortalidad pudiera calmar momentáneamente el hambre de un estómago famélico, o incluso aflojar los cordones de la bolsa más apretada; la amarga verdad del asunto es esta: uno no puede llenar su estómago con palabras, antes de ir a la ciudad con una oración, con la esperanza de gastar una promesa. Incluso los hombres lánguidos, ineptos y parlanchines de la Iglesia lo sabían; y precisamente por eso exigían a todos lo que se negaban a proveer para sí mismos: caza, verduras cosechadas, caballos bien criados, fortunas ganadas por la familia y el sudor y el trabajo de todos los herreros de todos los oficios. Y toda la riqueza que acumulan. Los esfuerzos tanto de los pobres como de los ricos, los reclamaban como pagos justos de los diezmos de por vida que debían a la Iglesia.

—¿Diezmos? —preguntó Medicci, incrédulo, antes de orquestar un nuevo razonamiento. “¿Ser apartados para Dios? ¿Acaso estos hombres de la Iglesia creían que eran Dios?” El Espectro se acarició brevemente la barbilla en un gesto melodramático de contemplación. Luego rió entre dientes y repasó sus cálculos en voz alta. «Si no recuerdo mal, Dios no sufre de hambre, ni va de un lado a otro a lomos de un corcel, ni va a la ciudad a hacer compras desmesuradas». El humor de Medicci se ensombreció y miró fijamente a Lázaro. «No, estos diezmos se reservaban para los estilos de vida ostentosos y parásitos del clero de la Iglesia y su círculo íntimo. Y por mi parte, con el clero, en masa, no era más que guaridas comunales de ladrones disciplinados, empeñados en confiscar la riqueza de todos los pueblos temerosos de Dios. Se movían de manera muy similar a como lo haría una enfermedad lenta y debilitante, comportándose precisamente como una propagación y una infección sin restricciones. Su método no me era desconocido, como puedo atestiguar, incluso gradualmente. En primer lugar, el clero contaminaría las mentes de la gente común con su influencia corrompía las mentes comunes, sembrando innecesariamente sospechas, aprensión y dudas sobre sí mismos. En segundo lugar, el clero corrompería progresivamente a la población afectada, administrándoles regularmente con el propósito expreso de reemplazar sus antiguos sentimientos de mérito y virtud con debilitantes sentimientos de indignidad y culpa. Por último, cuando el pueblo estuviera en su momento más débil, y creyendo finalmente que eran la única causa y efecto de cada suceso desagradable y vergonzoso del mundo, el clero haría su movimiento para consumirlos, casi hasta la muerte —aunque no del todo—, ya que dependía de su valor material continuo y lo extraía constantemente. Y por último, el clero... Utilizan este valor recién adquirido para contaminar aún más masas de personas antes satisfechas e inocentes, con el fin de aumentar sus ganancias terrenales. De hecho, este método de infección masiva y repetida fue diseñado en gran medida para propagarse como una plaga de servidumbre colectiva, todo para acumular más riqueza para la Iglesia mundana, en forma de diezmos eternos.

“¿Diezmos, para Dios?”, preguntó Medicci de nuevo, apoyándose en una sección independiente de la balastrada mientras dirigía su mirada hacia el mar. “La Iglesia no conocía la modestia ni la empatía en su insaciable deseo de saquear cada posesión mundana —desde la confiscación de la mísera canasta de verduras de un campesino hasta la incautación de uno de cada tres caballos en sus provincias— su monstruoso apetito nunca se sació. Y puedo asegurarles que la Iglesia nunca dio las verduras de los campesinos a los hambrientos o necesitados; y ciertamente no las ofrecieron a Dios como holocausto. Les diré con precisión lo que hicieron con ellas: se las quedaron para sí mismos. Sacerdotes, obispos y recaudadores de diezmos obesos cenaban con ellas, solo para llenar los comederos de sus propios cerdos engordados con las porciones de comida que sobraban para más de una comida; dejando a los campesinos consolar a sus hijos llorosos y hambrientos, que sufrían otra noche más de tazones de hierba hervida con u

un toque de hierbas.

Medicci se volvió hacia Lázaro y asintió. «Lo he visto con mis propios ojos, te lo aseguro; conocí al sacerdote gordo y su pocilga, y también a los pobres campesinos». Medicci sonrió con sorna. «En secreto, le di a la familia hambrienta tres cabras, dos juguetes para los dos niños, una generosa bolsa de monedas, y les hice cumplir su palabra de que nunca lo confesarían, especialmente a la Iglesia. Después de todo, no quería que ni un solo hueso, tendón o pelo de esas tres cabras cayera en el pesebre, solo para alimentar al sacerdote obeso, a sus asociados y a más cerdos engordados. Y los campesinos estaban sumamente agradecidos, sabiendo que había arriesgado la confiscación de toda mi herencia por realizar una donación fuera de los registros del tesoro del clero. La familia cumplió su palabra, sin confesar nada del asunto; y nunca más volvieron a hervir hierba. Poco después, el padre de esa familia se convirtió en uno de mis queridos y confiables sirvientes; y finalmente, en uno que llevó mis restos a su lugar de descanso final». Medicci suspiró y sonrió. «Ciertamente, no podríamos haber provisto para todos los campesinos de la provincia; sin embargo, Sofía y yo encontramos, en nuestros corazones, una profunda sensación de consuelo al haber podido ofrecer un rayo de esperanza a al menos una familia necesitada.»

Lázaro sonrió. «Estoy seguro de que siempre te estarán agradecidos por tu amabilidad. Y creo que puedo comprender, aunque sea mínimamente, cómo te sentiste. Yo también hice algo parecido una vez».

—¿Ah, sí? —Medicci echó la barbilla hacia atrás—. Dímelo, por favor.

Lázaro reprimió una risita. La modestia y la vergüenza se reflejaron en su rostro mientras confesaba: «En verdad, no fue tan audaz ni duradero como tu bondad». Se encogió de hombros. «Sin embargo, cuando vivía en las catacumbas de la abadía, le llevé parte de mi comida a un prisionero hambriento, a pesar de que mi padre me había ordenado que me la comiera toda y me había prohibido acercarme a las celdas. Me inquietaba desobedecer tales órdenes; sin embargo, me aterraba aún más la idea de comerme toda mi comida y dejar a otro sin nada, sobre todo cuando había comida suficiente para compartir. Y mientras cenaba, sabía que si me la comía toda —sin compartir nada con nadie— me sentiría más vacío después que si solo la hubiera olido sin probar ni un bocado. No podía negar esta idea, como tampoco podía aceptar mi deber de obedecer las órdenes que me habían dado; así que dejé de lado mis obligaciones y ayudé al prisionero en secreto, incluso intentando liberarlo de su cautiverio».

“¿Y lo liberaste?”

“Se negó, pues se consideraba ya libre.”

“Bueno, como se dice, 'Los buenos amigos vienen de hombres hambrientos, alimentados'. Estoy seguro de que él estaba

Profundamente agradecido por tus esfuerzos desinteresados, Lázaro.

—Creo que sí —afirmó Lázaro, radiante—. Y después, aunque desobedecí mis deberes, me sentí más satisfecho que si me hubiera comido tres cabras enteras. Medicci rió. “En efecto. Es la misma sensación que tenía. ¿Quién era ese prisionero?”

La sonrisa de Lázaro se desvaneció. Bajó la mirada. «Nunca supe su nombre. Sin embargo, me dijo que lo mejor sería recordarlo como “el pobre hombre en Cristo”».

La alegría de Medicci se desvaneció al comentar: «Entiendo que hubo muchos pueblos humildes y devotos, muertos y olvidados hace mucho tiempo, que podrían ser recordados y honrados con un título tan apropiado, vago y a la vez glorioso. Bendito sea eternamente este hombre, a quien recordáis como Lázaro. Es un título que cualquier Papa envidiaría; sin embargo, viene acompañado de una túnica común, que nadie se atrevería a ponerse. —Sí —afirmó Lázaro—, es lo apropiado; y así lo recordaré.

«¡Qué apropiado, en efecto! », comentó Medici antes de alzar un dedo para declarar: «Y, con un escrutinio similar, aplicado con acierto, esta expresión resulta igualmente adecuada: aunque la Iglesia rebose como una cornucopia desbordante de opulencia y extravagancias, jamás oirás a un miembro de la Iglesia jactarse abiertamente de ello, llamándose a sí mismo “ hombre rico de la Iglesia”». Al fin y al cabo, si realmente hubiera obtenido su riqueza de las arcas pontificias, jamás lo admitiría abiertamente, por temor a perder su fuente vital de derroche. Y si fuera un miembro de la Iglesia que honestamente no hubiera adquirido su riqueza de sus arcas, la Iglesia le exigiría que rindiera cuentas de su continuo éxito en forma de diezmos adicionales. Así pues, existen muchos hombres ricos y piadosos de la Iglesia, vivos y sanos, que podrían ostentar con razón un título tan pomposo y definitorio; sin embargo, ninguno lo haría con honestidad y abiertamente. ¿Sabes por qué, Lá? Desde mi punto de vista personal, la Iglesia se asemeja a poco más que un montículo de gusanos dorado y glorificado que se alimenta de la descomposición de una humanidad que se asfixia lentamente; todo ello, mientras mantiene por sí sola a pueblos desprevenidos al borde de la muerte con sus repetidas secreciones de veneno piadoso.

Lázaro lo reprendió: “Tus comentarios irreverentes me han preocupado mucho desde hace algún tiempo. Deberías abstenerte de hablar con tanta dureza contra la Iglesia y sus siervos de Dios. No deseo seguir oyendo hablar de ello.

La repentina muestra de asombro de Medicci se desvaneció en carcajadas. Abrió los brazos , en una evidente demostración de autopresentación. "¿Acaso se me obligará a comparecer ante el consejo de la Iglesia, cuando permanecen sordos y ciegos a mi mera presencia? ¿Me declarará el clero culpable de herejía o brujería y confiscará mis posesiones terrenales, cuando no poseo ni un pedacito de carne para mí? ¿Sufriré una segunda muerte, p

¿Fuego? ¿Es posible que los muertos teman a la muerte? ¿Acaso encontraré el infierno por palabras duras? Medicci bajó los brazos. Lo he intentado, pero fue en vano.

—Te muestras como un alma amargada —comentó Lázaro con franqueza—. ¿Cómo pudiste acceder al Cielo, cuando tu corazón...?

—Dios sabe —interrumpió Medicci con un suspiro— que siento un profundo resentimiento hacia la Iglesia. Y con razón, puesto que el Señor Dios mismo no exige nada.

ni un Vicario de Cristo, ni un ejército de clérigos, ni un templo de mármol sublime y abovedado, para comulgar con su rebaño. Desde los días de Adán y Eva, y sus hijos, el Señor les habló directamente a través de sus propios corazones. Y nos escucha incluso ahora en nuestras oraciones privadas. ¿Qué lugar o función tiene la Iglesia en todo esto? No hay ninguna, digo yo, salvo en la desviación y la corrupción de la comunicación con lo Divino.

Los crujidos de las tablas de madera tensas y expandidas resonaron en el barco; y una bandada de gaviotas afligidas que descansaban en cubierta se elevó hacia el cielo, hacia la orilla. Medicci dio un paso al frente y se dirigió a Lázaro de forma un poco más personal. «Debo hacerte saber, Lázaro, que no desprecio a mi Señor Dios simplemente porque cuestione a la Iglesia. Los dos jamás se unirán. No están naturalmente ligados. No había templo en el Jardín del Edén, solo un árbol de tentación. Nuestro Padre, que reside en el Cielo, y Su Santidad, que se llama a sí mismo Padre de la Iglesia, son tan distintos como el sol y la luna. Sus imágenes distintas fueron combinadas en una sola práctica de culto fabricada por estos hombres corruptos, oportunistas y vanidosos que buscaban poder y control sobre los recursos ajenos. He visto sus secretos con mis propios ojos. Gracias a mi antigua posición social, rango y privilegios, he codeado con los más malvados e intrigantes de ellos. Mis generosas y constantes contribuciones a la Iglesia mantuvieron a raya a estos hombres pomposos, hipócritas y parásitos, y especialmente lejos de mis obras alquímicas más cuestionables. Puede que no haya leído las Escrituras, pero he asistido religiosamente a los sermones de la Iglesia con mi querida Sofía, el tiempo suficiente para recordar la predicación de las Escrituras. Y un recuerdo que permanece claro en mi memoria es este mismo mandamiento: «No tomarás el nombre del Señor tu Dios en vano». Ahora te pregunto esto, Lázaro. Si un hombre es tan vanidoso como para insistir en que se le llame Su Santidad, afirmando que Él es el agente supremo de Cristo, y solo a través de su Iglesia otros pueden encontrar la penitencia adecuada, la absolución y la reunificación con el Señor, ¿no es acaso injusto? Medicci se acercó a Lázaro y preguntó de otra manera: «Si los hombres vanidosos y piadosos se atreven a hablar en nombre del Señor, entonces, por tal vanidad, ¿no...?» ¿Acaso no es evidente que también tomarás en vano el nombre del Señor tu Dios?

Lázaro respondió, sacudiendo la cabeza y dándose la vuelta: «Quizás tergiversas el significado original».

Más tablones crujieron en el casco del barco.

Medicci insistió en su mensaje: “El Señor conoce mi corazón, Lázaro, y es precisamente por eso que se me concedió el Cielo. Y el Señor conoce igualmente los corazones de los malvados, que podrían conspirar mediante la intervención para interponerse entre Dios y el hombre, mientras se proclaman a sí mismos como el único camino al Cielo, un camino que solo se gana debidamente mediante diezmos, sangre, sudor y sufrimiento. Estos hombres son monstruos, y con avidez y sin duda beberían la sangre derramada de vuestros hijos para saciar su insaciable sed de poder y control con una vanidad insaciable y monstruosa. Siempre ha sido así, y siempre lo será; es su naturaleza: el mal sigue siendo mal, aunque se llame a sí mismo «Bueno». En verdad, tal como la Maldad proclama con vehemencia ser el único camino a la salvación.

Medicci notó la creciente irritación en los ojos de Lázaro y filtró abruptamente sus coloridas opiniones; luego refinó aún más su conferencia, mezclando la observación científica y la metodología de investigación con la convicción religiosa y la práctica pasada para articular su propia deducciones lógicas. “Según recuerdo, no era una carga que yo mismo me impusiera, ni una que pudiera desechar fácilmente, por mi propia voluntad, sin perder de vista la perversa verdad. Y, en verdad, me pareció absolutamente espantoso que la Iglesia se comportara de una manera precisamente prohibida por la Sagrada Escritura. En sus tratos engañosos, la Iglesia había ordenado siempre que nadie heredara, codiciara ni apreciara nada en la tierra, salvo la posibilidad de un lugar en el Cielo, incluso mientras la Iglesia codiciaba y heredaba toda clase de riquezas terrenales, en forma de diezmos recaudados, que distribuyó generosamente entre su vasto clero de agentes pontificios. Como hombre erudito, disciplinado y de estudio riguroso, no podía desobedecer fácilmente mis propios deberes y mis meticulosos métodos de observación y, al mismo tiempo, ignorar los efectos negativos de la Iglesia practicante. Tampoco haría la vista gorda ante las muchas causas del miedo, la pobreza, sufrimiento y muerte, que ocurrían en abundancia bajo su despiadado dominio. No pude... No lo haría. Y por eso, como bien has intuido en mí, el resentimiento es una cruz que siempre llevaré conmigo.

El barco se inclinó bruscamente y se asentaron en un ángulo más pronunciado, sus tablones del casco se astillaban y crujían entre las piedras de la orilla y la gravedad de su peso cambiante. Lázaro se preparó y dirigió una mirada alzada al Espectro. El barco se estabilizó mientras se instalaba una nueva calma. Medicci cruzó los brazos sobre el pecho y continuó, como si el barco nunca se hubiera movido. «Como otro buen ejemplo de la práctica pontificia, donde la Iglesia roba a los pobres para su propio beneficio; una vez vi un carruaje clerical dorado en la plaza del pueblo, equipado

con seis caballos de cuerda y un conductor excesivamente regordete. El carruaje permaneció inmóvil frente a un La zapatería, cuyo interior estaba repleto de zapatos finamente elaborados. Al principio, no le di mucha importancia ; y podría haber seguido mi camino si una de las marcas particulares del caballo no me hubiera llamado la atención. La curiosidad me pudo; así que crucé el camino para observar mejor al animal y, como aún no estaba seguro de su identidad, lo llamé. El corcel alzó las orejas y me vio. Era un ejemplar noble y manso. Se llamaba Barlow ; Magdalena ayudó a ponerle nombre cuando era solo un potrillo. Barlow solía trabajar los jardines de una familia campesina que vivía en las antiguas tierras de los padres de Stephan. Sin embargo, no esperaba que Barlow se resistiera con tanta vehemencia , hasta el punto de asustar a los otros corceles y enfurecer al cochero . Este me azotó con el látigo, gritando con tal fuerza que hasta el Papa en Roma lo oyó. Luego golpeó al animal hasta que le colgó espuma de la boca. Medicci suspiró. «Desde aquella mañana, siempre me he arrepentido de haber llamado a Barlow como lo hice. Sin duda, solo confundí al animal con recuerdos dispersos de años más placenteros y juveniles, ya fallecidos». El Fantasma asintió. «En verdad, mucha bondad se perdió en las sombras de aquellos días sombríos, donde parecía que incluso las bestias de carga eran meras sombras de lo que fueron».

“Sin embargo, aún hay mucha bondad en el mundo; y los días nunca permanecen oscuros.”

Lázaro comentó: «Esto se explica claramente en las Escrituras. ¿Acaso no has leído esos versículos, señor?».

Medicci se encogió de hombros con desgana, esbozando una leve sonrisa en la comisura de los labios. «Tenía la intención de hacerlo... cuando tuviera tiempo. Por desgracia, se me acabó el tiempo... cuando morí».

Él arqueó una ceja y admitió: «Sí, tenía una copia de las escrituras en mi biblioteca en aquel entonces. Me la legaron los Médici. Era bastante grande, antigua y pesada, con costuras ornamentadas y encuadernaciones firmes. Las hojas estaban llenas de coloridas imágenes pintadas e inscripciones. Me dijeron que era una de las únicas tres que crearon los monjes benedictinos nórdicos en la región italiana de Umbría. Reuní...»

Se suponía que era el tomo más antiguo de la biblioteca de mi familia, que era bastante extensa en aquel entonces.

Lázaro bajó la mirada, preocupado, hacia las tablas del suelo antes de preguntarle a Medicci: "¿Y con un libro tan hermoso, no recuerdas ni un solo verso?".

«Nunca encontré un momento libre». Su semblante cambió abruptamente, acompañado de una sonrisa burlona.

«Sin embargo, cumplió una función valiosa, aunque nunca se abriera; simplemente por estar en el estante».

“¿Su lugar?”

“En efecto. Era el primer libro del estante, situado en el extremo izquierdo y precisamente cerca y a la altura de la vista de una mujer italiana bajita, irascible y celosa, cerca de la entrada de

mi estudio.”

“¿Sofía?”

“No. Su madre adoptiva, su tía de sangre. Y ese antiguo tomo familiar fue lo primero en lo que se fijó con devoción, comentándolo cada vez que pasaba.” Ese tomo meticulosamente colocado y sin abrir le apagó el fuego de los ojos . tiempo, antes de poner un pie en mi estudio. Era una leona justa al acercarse y un cordero tolerante al marcharse.” Medicci rió entre dientes. “Con el tiempo, las escrituras me protegieron bien del fanatismo azufrado de mi suegra.

“Parece que admiraba mucho el libro.”

“Sin duda. Era mucho más antiguo que las escrituras de su familia.”

“Sin embargo, ella nunca te pidió que vieras dentro, ¿que vieras sus palabras, imágenes y páginas?”

“No.”

“¿Te preguntó alguna vez si habías leído del libro?”

“Nunca de pasada.”

“¿Ella simplemente dedujo que lo leíste porque estaba ahí?”

—Sí —logró decir Medicci entre risas.

Lázaro reflexionó, perplejo, antes de sugerir: «Parece que ella necesitaba que las escrituras estuvieran cerradas y reposadas más de lo que tú necesitabas que fueran trasladadas y utilizadas». Ambos estallaron en carcajadas.

“Por supuesto, mi madre no se convenció tan fácilmente”, recalcó el Espectro. “Los dos eran como el día y la noche. Cuando sus invitados se aventuraron a pasar por el estudio y vieron al viejo invariablemente preguntaban por el tomo. A lo que mi madre respondía fielmente: «Esa encuadernación en particular no pertenece a otro que al mismísimo Tomás el incrédulo ».

“¿Del apóstol Tomás?”

«La misma. Y cuando se preocupaba por mí, siempre me llamaba así, sobre todo en mis días más atrevidos de niño, cuando era pequeño y testarudo. Me llamaba tan a menudo que sus invitados me confundían con el señor Thomas, en lugar del señor Gregory. A veces resultaba bastante inquietante, y así era». El fantasma suspiró y miró al vacío, sumido en recuerdos íntimos de siglos pasados.

Caminó un poco, reflexionó un poco más y finalmente continuó: «Como antiguo escudero de la abadía, con acceso a todo un scriptorium abacial, debo admitir que usted está ciertamente más versado en las costumbres bíblicas que yo; sin embargo, solo hablo de la Iglesia de maneras que se ajustan a sus acontecimientos en la historia. No le miento en ese sentido. Y tampoco las muchas costumbres confesadas de la Iglesia y los diversos registros históricos dan falso testimonio contra sí mismos: todos los relatos y registros comparten las mismas verdades. Así pues, al igual que

Tú conoces profundamente las Escrituras, yo estoy igualmente versado en Historia, y especialmente en el arte de la guerra, y en los muchos acontecimientos que dieron forma a la Iglesia.

«Como su indiscutible relato histórico de "montículos glorificados de gusanos", ¿formaba eso también parte de su erudita historia de la Iglesia, Medici?»

El Fantasma luchó contra sus expresiones de alegría cada vez más forzadas antes de recomponerse .

«Bueno, no exactamente. Sin embargo, para hacer más amena la conversación, sobre un tema tan árido como la Iglesia, tales expresiones le dan un matiz de color, ¿no es así?».

Lázaro puso los ojos en blanco. "Solo expresaste oscuridad. ¿Acaso el negro es un tono?"

Medici soltó una risita y cedió en parte su libertad de expresión sin restricciones. "Muy bien, entonces, tal vez fui un poco descontrolado con mi lengua; por favor, perdóname. Haré lo posible por...

No haré más intentos de citar las Escrituras, ya que no las conozco tan bien como usted. Sin embargo, debo tener la libertad de expresar mi visión de la Iglesia desde una perspectiva puramente histórica, aunque inicialmente usted se oponga a algunos aspectos de ella.

Lázaro se encogió de hombros y asintió con ciertas condiciones: "Siempre y cuando el color de tu desdén por la Iglesia no sea tan deslumbrante".

"Bueno, en verdad lo eran, de infinitas maneras..."

Lázaro entrecerró los ojos y lo interrumpió bruscamente.

El Espectro alzó el dedo, sonrió con sorna y completó cortésmente su declaración: «Sin embargo, por vuestro bien, eliminaré de mis comunicados toda mención a gusanos y mi absoluto odio a la piedad depredadora, y os transmitiré amablemente, quizás, una versión más aceptable de la historia de la Iglesia, tal como la recuerdo claramente, por cierto».

—Tal vez una versión más agradable de... ¿otra cosa? —Lazarus insinuó un cambio de tema—. ¿Tal vez algo más sobre tu querida Sofía?

"Muy bien, entonces. Quizás podría contarte, ¿cuándo le pedí la mano de Sofía a sus padres adoptivos? ¿Te cuento aquel terrible suceso, con su propio 'Libro de Don' incluido?"

Lázaro aguzó el oído e inclinó la cabeza como un perro curioso. " ¿ Te refieres al Libro de Daniel ?"

Medici se rió. —Sí, exactamente. La tía de Sofía dijo lo mismo. Fue un momento bastante inapropiado para mí; aunque a la vez fue bastante gracioso y lleno de acontecimientos.

—Me gustaría saberlo —admitió Lázaro con una sonrisa recuperada y una compostura armoniosa.

"Entonces te lo contaré , tal vez de camino a Italia. Imagino que disfrutarás de que te lo cuente."

—Estoy seguro de ello —respondió Lázaro.

Otro crujido resonó en el casco de madera, seguido del sonido de una repentina entrada de agua bajo cubierta; aún firmemente anclado a las rocas, el barco finalmente se había rendido al mar. La madera crujió y se quebró, y la cubierta se inclinó solo un poco más. Ambos escudriñaron el infinito océano austral y las estrellas. Soplaban un viento constante, trayendo consigo el aroma salino del océano. El sonido de las olas ininterrumpidas golpeaba y gorgoteaba bajo ellos, golpeando su espuma contra el casco del barco. Lázaro rompió el silencio entre ellos. «Dijiste que el océano es quizás más profundo que las nubes, alto», afirmó Lázaro. «¿Es incluso más profundo que las estrellas, alto?» “¿El firmamento mismo? No lo creo”, respondió Medicci.

“¿Alguna vez has volado a las estrellas?”

El Fantasma soltó una risita. —Por supuesto que no. Y no me atrevería a arriesgarme, por miedo a ser descubierto por todos los ángeles que existen. No hay dónde esconderse allá arriba —dijo Medicci, asintiendo hacia arriba—. Mi lugar está aquí abajo, buscando el Infierno... y a mi Sofía.

He buscado por todas partes, desde las cimas de las montañas hasta el fondo del océano. El Fantasma miró fijamente a Lázaro y sonrió. «Sin embargo, confío en que mi búsqueda ha terminado, contigo como mi guía». Luego miró al mar y se estremeció. «Y de verdad detestaba explorar el fondo del océano. Horripilantes e insondables bestias marinas nadan en sus profundos valles de eterna oscuridad».

—¿Incluso los monstruos marinos? —preguntó Lázaro.

—Sobre todo —afirmó Medicci—. He visto grandes monstruos acechando en las profundidades más recónditas: gigantes blancos con cabezas enormes y sin cuerpo; y de ellos brotaban muchas piernas largas y sueltas, piernas tan extraordinariamente largas que podrían haber abarcado toda la longitud del mayor barco mercante transoceánico. Y he visto enormes cuerpos fantasmales sin cabeza, que parecían nada más que enormes gorros de natación rellenos de pelo largo y suelto, pelo brillante que mataba a sus presas. También vi enormes murciélagos marinos desdentados con bocas abiertas y largas colas. Y una vez, me topé con un extenso lecho marino de almejas gigantes; la más grande de ellas podría haber devorado a dos hombres enteros en su concha cerrada de repente. Medicci resopló y se estremeció, añadiendo: —Luego estaban esas cosas pálidas y horribles con cabeza... —Se estremeció con expresa repulsa. Continuando, «—eran como cabezas flotantes, luciendo hileras de dientes irregulares; y sus ojos descomunales y bocas abiertas consumían casi todo su ser. Eran cabezas de ojos grandes y muchos dientes. Imaginen, si pueden, un mundo submarino, negro como la noche, y lleno de cabezas feroces y voraces, brillantes y flotantes».

—Hay cabezas monstruosas en el mar —preguntó Lázaro, ahora completamente cautivado por las fantásticas descripciones de Medicci sobre esas extrañas criaturas oceánicas, grotescas y titánicas.

“Bueno, no eran tan monstruosos como los otros monstruos marinos.”

Lázaro escudriñó las profundidades de la maltrecha cubierta del barco. "¿Eran incluso más grandes que la Joya del Edén?"

Medicci podría haberse sonrojado ligeramente antes de mostrar un espacio de unos siete centímetros entre sus dedos y admitir: «Bueno, son así de grandes; sin embargo, son verdaderamente horribles en apariencia, con sus formas aparentemente incompletas, muy desproporcionadas, y fantasmales en todos los sentidos y apariencia, muy parecidas a mí. ¿Se lo imaginan? Horribles eran.

Cuando me las encontré por primera vez, creí haber estado cerca de las puertas del infierno, ya que parecían algo del maravilloso diseño del Señor. Sin embargo, lo entendí mal: eran no del infierno. Sin embargo, incluso las arañas podrían ser más hermosas, en su compañía, como Las arañas tienen cuerpos discernibles y patas capaces. ¿Pero cabezas flotantes, sin cuerpo ni patas? Medicci negó con la cabeza en señal de desaprobación antes de dirigir la mirada hacia la orilla del mar. «Es algo parecido a esos grillos de las cuevas: patas grandes y largas que parecen sostener un cuerpo demasiado pequeño para un grillo común. No hay un equilibrio adecuado en sus partes corporales». Volvió a estremecerse. «Es desconcertante, de una manera extraña».

Eljo reflexionó entonces sobre la extraña idea de un fantasma, antes disciplinado en fisonomía, que sufría fobia a las desproporciones orgánicas o las grotescas anomalías anatómicas. Frunció los labios para contener la hilaridad que empezaba a invadirlo. Luego se giró y se mordió el labio antes de enfrentarse a Medicci con aparente seriedad y preocupación. «Pero, ¿y si te lanzaran una de esas cabecitas, Medicci?»

El Espectro se giró y asintió, diciendo fríamente: "Entonces tendrían que morir".

“¿Las cosas de la cabeza?”

—¡No! —ladró el Fantasma—. ¡Quienquiera que me lo haya arrojado!

Lázaro se atragantó y se rindió a la hilaridad total, se dobló de dolor y perdió el equilibrio. ¡Crack! ¡Splash! Una sección de la balastrada se derrumbó en el océano, y; si Medicci no hubiera agarrado bruscamente a Eljo que lo seguía, Lázaro podría haber caído de cabeza por la borda. El Ghost subió de nuevo a bordo a un humilde Lázaro cubierta del barco.

Lázaro se puso de pie. «Pero tú eres un espíritu; eso pasaría sin dificultad a través de ti».

Medicci lo dejó en libertad. «Sin embargo, solo ocurrirá una vez. Y no veo nada gracioso en lo que usted sugiere».

Lázaro se recompuso. —Perdóname, Medicci. Yo solo estaba...

Sí, lo sé; y no eres el primero en encontrarle la gracia. Sin embargo, ten en cuenta que el último hombre vivo que me arrojó un grillo de cueva se convirtió en mi paciente más paciente durante esa corta temporada.

Lázaro lo tranquilizó con una sonrisa forzada y apenas disimulada: «No haré tal cosa, Medicci. Y le agradezco que me haya atrapado».

Medicci guiñó un ojo y se encogió de hombros. «Creí sinceramente que te tocaba un buen enjuague bucal con agua de mar; sin embargo, solo sostuve a mi Sofía cuando te caíste, y ahora estás entre ella y yo».

Lázaro sonrió y asintió. «Aun así, estoy en deuda contigo».

—Suficiente —respondió Medicci, juntando las manos sobre sus vestiduras y balanceándose sobre los talones.

Lázaro contempló la sección faltante de la balaustrada y los mares agitados debajo, y su mente divagó hacia días anteriores y más sencillos. Recordó en particular un momento bastante cómico en el que él, Miguel y Thateus estaban juntos en el Pozo, enjuagando barriles de vino de la Abadía vacíos. Miguel saltó al agua y gritó que un El monstruo marino lo había atrapado. Y aunque sabía que Miguel estaba fingiendo, ya que conocía íntimamente cada hueco y grieta dentro de la pequeña caverna del Pozo, Thateus se apresuró a salvar a Miguel del supuesto monstruo marino, regañando a Lázaro por no hacer nada para salvar a Miguel de una muerte segura. Lázaro rió entre dientes, Siempre avergonzado por sus ingenuos y traviosos compañeros de las catacumbas, alzó la vista hacia el cielo estrellado.

—¿Qué ocurre? —preguntó Medicci, entrecerrando los ojos con recelo.

—No es nada de ti —dijo Lázaro, haciendo un gesto de desdén—. Simplemente recordé un momento del pasado. —Asintió, y continuó—: Una vez, me pareció que el mundo era mucho más pequeño de lo que realmente es. Era más agradable cuando lo creía pequeño.

“¿Cómo llegaste a la conclusión de que era menos de lo que realmente es?”

—Bueno, una vez creí que los pájaros podían volar lo suficientemente alto como para llegar al cielo. —Se encogió de hombros y admitió—: Sé que no pueden, pero aun así quise creerlo.

Medicci sonrió con sorna. —¿Y cómo puedes estar seguro de que los pájaros no pueden volar al Cielo, Lázaro? —Abrió los brazos y miró brevemente hacia arriba—. ¿Has volado tan alto y tan lejos como para haber inspeccionado cada rincón del firmamento?

Lázaro escrutó los ojos de Medicci antes de responder: "Puedo estar tan seguro como tú, con tu creencia similar de que tus monstruos no vinieron del Infierno, Medicci. ¿Has...

¿Han buscado tan a fondo y tan lejos, como para haber inspeccionado cada rincón del océano?

—No son mis monstruos —replicó Medicci con una sonrisa—. Sin embargo, tal vez podamos serlo.

"Estoy bastante seguro de ambas ideas." Asintió y elogió a Lázaro: "En verdad, dentro de ti se esconde un alquimista perspicaz y metódico."

«Y por tu equilibrio entre fe y escepticismo, creo que también podrías ser un buen fraile», comentó Lázaro de pasada, mientras se dirigía hacia el centro de la cubierta del barco. Medicci lo siguió.

Pasaron por encima de los escombros dispersos y avanzaron hacia un claro cerca de la entrada de la bodega. Lázaro se detuvo y cerró los ojos. Medicci rodeó a Lázaro. Lo observó respirar hondo y mover la cabeza con gracia de arriba abajo y de un lado a otro. Y desde fuera y desde dentro de él, Lázaro extrajo claridad y dirección del agudo sentido de la orientación de Eljo, sobre el cual superpuso simultáneamente los recuerdos immaculados de los mapas de la Abadía. Se dio la vuelta y abrió los ojos hacia el Horizonte sureste del océano. Medicci notó sus pupilas ahora dilatadas; y la aparente negrura de estas casi desvaneció el azul de los ojos de Lázaro. «Encontraremos nuestro nuevo rumbo en esta dirección», afirmó Lázaro, señalando hacia el horizonte oceánico. «¿Nos vamos?»

Medicci lo examinó: miró al cielo, localizó la estrella polar y siguió la disposición de las constelaciones hacia abajo, hasta que su mirada se alineó con el dedo índice de Lázaro, apuntando precisamente hacia la lejana isla de Córcega. Frunció los labios y negó con la cabeza. «¿Y te atreves a acusarme de brujería, cuando solo he traído una liebre? ¿Cómo te orientas tan perfectamente con los ojos cerrados?». Lázaro sonrió y desplegó sus alas. «No eres el único de nosotros con una habilidad que no es brujería».

El Fantasma suspiró. "Bastante vago; un buen cambio de rumbo."

Lázaro preguntó: "¿Ponemos rumbo a Córcega?"

Medicci extendió una mano hacia el cielo en señal de súplica. «¡Arriba y adelante, por la gracia de Dios, ilumina el camino, fray Lázaro!»

Lázaro sonrió radiante, se giró y desplegó sus alas.

Al unísono, abandonaron los restos y se lanzaron a los cielos nocturnos, rodeándolos solo una vez antes de trazar un rumbo deliberado hacia el mar. La Joya del Edén se hundió en la distancia; las tierras de Francia se desvanecieron; y bajo el brillo de una nueva salida de la luna, la agitada superficie del océano finalmente se alisó hasta convertirse en una brillante lámina de vidrio ahumado. Ascendieron aún más alto, hasta que las extensas aguas del Golfo de León parecieron engullir el mundo entero, una vez más, como solo Noé podría haberlo sabido. Sin embargo, incluso con el paisaje marino sin rasgos distintivos y el horizonte infinito del agua, el Eljo, de naturaleza migratoria, y el Espectro, de naturaleza fríamente calculadora, nunca vacilaron en su rumbo aéreo entre la tierra y los cielos. Juntos, sirvieron como un conjunto de instrumentos indispensables, incluso para rivalizar con el

Las herramientas de navegación más notables de cualquier capitán de barco. Eran como una brújula y un sextante que surcaban los cielos, navegando directamente sobre el abismo salobre del océano.

Por muy inusual y excepcional que pareciera semejante pareja de compañeros complementarios , Lázaro y Medici aún no habían descubierto que el Destino pronto les exigiría un esfuerzo inconmensurable y una sincronización impredecible para deshacer lo que ya se había hecho al mundo. Sin embargo, ese punto crucial de la historia aún no les había llegado, ni a ellos ni a la humanidad, de hecho.

[Fin del Libro 1: Resurrección]



Esta obra literaria fue creada exclusivamente en dedicación de

Edgar Allan Poe (1809-1849)

— Que su legado perdure en todos nosotros —



~[GothicNovel.Org](https://www.GothicNovel.Org)~